

EVIDENCIAS DE LA EXISTENCIA DEL ALMA PERDURABLE

Si bien las conclusiones filosóficas a través de los tiempos son similares, la nomenclatura que cada cultura dio a los elementos en estudio difiere lógicamente, a causa de las distintas palabras o símbolos que se le otorgaron a cada uno de ellos. Las denominaciones de espíritu y alma producen no pocas confusiones y es frecuente considerarlas como sectores separados, que a su vez se diferencian del cuerpo por la razón obvia de no ser perceptible a los sentidos físicos.

Además de esta diferencia, no es menos cierto que en el mismo contexto cultural también persiste la confusión y que frecuentemente, dos personas convencidas de la existencia de distintos niveles en la estructura humana, caen en contradicciones o discusiones por asignarle nombres diferentes a elementos semejantes.

No obstante, en general, el espíritu es considerado como el rector o conductor responsable de todos los actos del ser humano, identificado como el Supra-consciente o Yo Interno, que representa la individualidad trascendente, poseedora de todas las experiencias adquiridas a través de la evolución, y cuya estructura energética, desconocida por la ciencia aún, es el vehículo del pensamiento y de todos sus atributos.

En este sentido, el Espíritu es el sustrato fundamental, a partir del cual se producen todos los fenómenos de la vida, desde la formación biológica basada en los elementos primarios organizados gracias a la información genética, pasando por la conducta involuntaria e instintiva, consolidándose en los actos conscientes y voluntarios, hasta alcanzar rangos inefables de superioridad moral. No se coloca en una ubicación específica pues no tiene forma ni ocupa espacio, y no está dentro ni fuera del cuerpo.

El Alma, por otra parte, conocida también como carro sutil, cuerpo sutil, periespíritu, cuerpo astral, entre los cientos de nombres recibidos a través de la historia, representa el instrumento (parte de sí mismo) del que se sirve el espíritu para operar, y constituye el sustrato donde funciona la Mente y otras funciones del Subconsciente relacionadas con los órganos corporales, especialmente con el cerebro como director del mecanismo corporal.

Representa el nexo con el Cuerpo físico, instrumento indispensable para la ejecución de toda la programación que ejecuta el espíritu, y constituye el Yo Externo, que identifica la personalidad actual con sus datos de filiación, nacimiento y ubicación de la presente existencia, conocido como Consciente y relacionado funcionalmente, con el neocórtex cerebral. El alma tampoco puede ubicarse en un lugar del organismo físico, y puede considerarse como las infinitas formas de energía que impulsan los elementos biológicos a su servicio.

A pesar de que se deducen las funciones del alma humana, pero no son cuantificables, se podrían clasificar en fisiológicas, es decir, aquellas que ejercen control en todos los órganos corporales, las facultades sensoriales, la regeneración y la curación; psicológicas, vinculadas a la conciencia, como los

instintos, los sentimientos, las emociones y la voluntad; y las facultades extrasensoriales, como la ensoñación, la intuición, la inspiración, el desdoblamiento, la telepatía, la videncia, y todos los fenómenos físicos y psíquicos conocidos como mediúmnicos.

El sustrato para transmitir el pensamiento es indudablemente, la existencia del alma, espíritu o elemento trascendente del ser humano, que separado del cuerpo es capaz de continuar con su identidad propia. Sin embargo, al lado de quienes aceptan esta afirmación por una profunda fe, otros desean encontrar evidencias racionales de su existencia, su forma y el lugar que ocupa dentro del ser vivo.

Este misterio de la vida, fue explicado con numerosas teorías, y algunos creen que algún día se podrá revelar plenamente, igual que tantos elementos que permanecieron esquivos, pero que con la tecnología actual dejaron de ser misteriosos. La idea, tal vez más generalizada hoy en día, es que se trata de algún tipo de energía cuántica, que tiene una estructura perfectamente definida, pero aún no comprobada.

En el hospital Cullis de Boston, Sproule y colaboradores presentaron los resultados de sus experimentos realizados en 1.907, tras colocar en una balanza decenas de cuerpos moribundos, afirmando que el alma tiene peso, ocupa un espacio determinado dentro del organismo, y que se trata de una sustancia sutil imposible de encerrar, semejante tal vez a los Rayos X.

Sus experimentos serán para muchos, de una ingenuidad que asombra, pero impactaron en la comunidad científica de la época. Consistieron en situar la cama de los moribundos sobre platillos de balanzas y comprobar el peso durante toda la fase de la agonía. Al llegar el momento supremo, constataron que el brazo de la balanza correspondiente a las pesas bajó con rapidez. Entonces vieron que el cuerpo había perdido 28 gramos.

Tratando de hallar las causas de tan sorprendente fenómeno, revisaron una a una, aquellas que les parecieron más admisibles. Intentaron descartar que el peso se debiera a la expiración final, pesaron el aire de los pulmones, comprobando que medio litro de aire pesaba 10 gramos; pero advirtieron que subiéndose a la balanza uno de los investigadores, y aspirando profundamente, no se modificaba el peso registrado. Por lo que dedujeron que las causas del fenómeno debían ser otras.

Era necesario aceptar que durante la muerte de una persona, se separa de ella una sustancia que pesa, si bien carece de forma y otras propiedades de las sustancias conocidas y apreciadas por los sentidos físicos y los instrumentos inventados hasta el momento. Concluyeron que ese elemento debía ser el alma.

Probablemente los actuales investigadores no tengan presentes estos experimentos pioneros, pero el trabajo que adelantan se rige por las mismas motivaciones.

En el Pacific Medical Center de San Francisco, se destaca la labor de Elizabeth Targ, quien intenta encontrar explicación a los fenómenos fisiológicos que se producen como consecuencia de la influencia mental del propio enfermo o de sus seres queridos, y la vinculación con la existencia del alma. Hasta hace poco, la comunidad científica hubiera menospreciado estos trabajos, como se hizo con los de Sproule; pero actualmente la actitud ha cambiado.

En el último siglo, la ciencia ha ampliado espectacularmente su capacidad para explicar los fenómenos de la Naturaleza. Físicos como Einstein y Hawking, matemáticos como Roger Penrose, y paleontólogos como Stephen Jay Gould, han estirado los límites del espacio y el tiempo. Los neurólogos han dibujado el mapa de los más profundos sentimientos humanos, en un laberinto de neurotransmisores y procesos químicos. Hasta el amor es entendido como un fenómeno de la biología.

Se preguntan entonces, porque no es posible que se halle la localización del alma como generadora del impulso que dirige todos esos fenómenos biológicos. Incluso se buscan rasgos de conciencia en algunas especies animales, por ejemplo en los sistemas de comunicación de los chimpancés y los delfines que pueden constituir una clave para entender el alma humana y el alma animal.

Lógicamente, para responder a estas cuestiones, el científico debe empezar por reconocer que existe un alma, un mundo inmaterial y un espíritu, y algunos dicen que entonces, debería cometer un acto de fe impropio de su condición de investigador escéptico, lo que constituye su principal obstáculo, pues sostienen que los postulados religiosos, tales como la existencia del alma, no son hipótesis comprobables, por lo que la ciencia jamás podrá estudiarlos.

No obstante, otros alegan que se trata de una tesis científica más, que no debe descartarse por su connotación religiosa, mística o mágica, y que la historia está llena de ejemplos en ese sentido. Muchos pensadores no aceptan que se establezca un límite a la investigación.

El humanista norteamericano Thomas Clark advierte que la ciencia y la religión estudian el mismo mundo, el único que se conoce, y por eso, deben compartir ciertas piezas de su discurso. También sostiene que aún cuando se descubriera alguna parte inmaterial que escapa a la percepción humana, ésta debería interactuar en algún punto con el mundo material.

Muchos están de acuerdo con esta tesis, entendiendo que no se conocen todas las formas de la materia, y que ésta, en última instancia, está representada por la energía íntima del átomo. En ese límite se pierde la percepción de los aparatos, pero se puede esperar el día en que se traspase, pues la ciencia jamás debe cerrar las puertas a su conocimiento.

Siguiendo estas pautas, algunos filósofos y científicos se han sentado a la misma mesa para tratar de desentrañar como se forma la consciencia, y de que sustancia están compuestos los pensamientos y los sentimientos; en definitiva, donde está

el alma. Algunos la llaman consciencia, otros prefieren hablar de espíritu; lo cierto es que los teólogos ya no son los únicos que indagan en el mundo inmaterial.

Los defensores de la llamada “línea dura” sostienen que la conciencia tiene propiedades únicas, es privada, subjetiva y propia del individuo, y por eso, no puede ser observada por terceros. Para ellos, entender el funcionamiento del cerebro no supone automáticamente conocer sus secretos.

En su última visita al foro Techno-ciencia, organizado en Madrid por la Asociación Universitaria IUVE, el físico y filósofo de la ciencia, Stanley Jaki lo resumía de este modo: “Llegará un día en que los neurólogos podrán medir todas las variaciones de energía producidos en las neuronas durante cada uno de los sentimientos. Pero aún así, no se podrá explicar qué hace que una palabra tenga un significado concreto para cada persona. Eso es el alma incognoscible”.

Similar opinión tiene el biólogo español Faustino Cerdón: “El modelo científico puede explicar el origen y el dinamismo de las psiques de los seres vivos, pero la conciencia es inabarcable”.

Otros científicos se rebelan contra esta idea y se empeñan en encontrar una dimensión aprehensible del alma. El filósofo Daniel D. Dennet, de la Universidad de Tufts (USA), opina que la mente es una “máquina de fabricar hipótesis, preparada constantemente para hacer nuevas sugerencias sobre lo que ocurre a su alrededor”. Según él, los sentimientos no son producto de un misterioso proceso cerebral ni de un fenómeno inmaterial externo, sino que “suceden cuando nuestra máquina mental los elige a ellos frente a otras posibilidades”. En otras palabras, el alma no es más que un programa de computador preparado para dar respuestas concretas a nuestras emociones.

Dennet es uno de los más controvertidos filósofos de la conciencia. Muchos colegas lo critican por ser un reduccionista, por pretender explicar un concepto tan complicado como el alma, en términos demasiado sencillos. De hecho, su libro más conocido tiene un título bastante pretencioso: “La conciencia explicada”; y en él desafía a la comunidad científica a demostrar que existe una experiencia subjetiva detrás de los actos humanos. Incluso afirma que una persona consciente, tal como se entiende hoy, y un zombi que se comportase de la misma manera, serían imposibles de distinguir.

No niega que la gente tenga espíritu, pero asegura que la única manifestación del alma son los actos de la persona, pues si una máquina realizara exactamente las mismas acciones, se podría creer también, que tiene alma. Por eso afirma que “la gente piensa que somos algo más de lo que vemos, pero en realidad no somos más que el cúmulo de nuestras acciones seleccionadas por la actividad cerebral”.

El pesimismo reduccionista de Dennet culmina con las ideas del informático y matemático del MIT (Massachusetts Institute of Technology) Marvin Minsky, quien afirma que la conciencia sólo es un proceso inteligente abstracto de alto nivel. Nada que no puedan hacer las máquinas el día en que gocemos de la tecnología

necesaria.

Para encontrar una respuesta menos tecnológica y más humana, los neurólogos buscan el alma dentro del cerebro y en concreto, en sus patologías.

Una de las más desconcertantes es la “visión ciega”, que consiste en la incapacidad de algunos individuos para ver ciertos objetos, pero si se les obliga a adivinar cómo son, aciertan plenamente. Es como ser consciente de algo que no se puede ver. Los neurólogos creen que esta enfermedad podría revolucionar nuestros conocimientos sobre el contenido exacto de la conciencia humana, y quizás también, sobre el alma.

La visión ciega es posible, según los expertos, porque el canal de la visión se divide en múltiples ramas a medida que se aproxima al córtex cerebral, y algunas de ellas pueden ir a terminar a zonas del cerebro que no son esenciales para generar la conciencia.

Otra patología sorprendente es la “anosognosia”, por la cual ciertos enfermos aquejados de una parálisis parcial parecen no ser conscientes de su mal. Para algunos científicos se trata de un mal del sistema de creencias del cerebro, pero no de la percepción.

Sin embargo, el análisis de estas dos patologías, sólo demuestra que en apariencia, está interrumpida la conexión entre las percepciones captadas con los sentidos y la conciencia. El cerebro no es el alma sino el instrumento del que ella se sirve para la vida orgánica.

Parece evidente que la cuestión del espíritu ha dejado de ser monopolio de los teólogos. Así opina el matemático Roger Penrose, quien ha llegado a decir que la conciencia nace de procesos de mecánica cuántica que tienen lugar en unos pequeños túbulos dentro de las células nerviosas, y que el entendimiento es una cualidad física más.

Es precisamente la física, la última disciplina que se ha aplicado al estudio del ámbito inmaterial. Parece el colmo de las paradojas que una ciencia basada en el análisis de las interacciones de la materia, se detenga a investigar el mundo del espíritu intangible.

El mayor impulsor de esta disciplina es Frank Tipler, que en su libro “La física de la inmortalidad” expone una complicada teoría bautizada como “Punto Omega”, según la cual la mente inteligente se expandiría hasta el infinito, y dentro de millones de trillones de años, la memoria de los computadores será tan grande que podrá contener toda la información del Universo. En ese momento, es decir, el Punto Omega, será posible simular la existencia de cualquier ser presente o pasado; los seres humanos serán virtualmente inmortales; y la información se convertirá entonces, en el alma humana y vivirá para siempre.

Tipler ha dado mucho que hablar con sus ideas, sobre todo porque estas

constituyen la primera teoría científica sobre el alma, la muerte y la resurrección, con base en ecuaciones diferenciales, de pura matemática y física. De hecho, su libro es un compendio de fórmulas difíciles de entender, por lo que no es extraño que muchos lo hayan convertido en objeto de burla, y le hayan criticado el exceso de especulación, que dañaría la reputación pública de la ciencia.

Su afirmación más polémica es que la física podrá un día probar la existencia de Dios. Afirma que “hace un siglo, conocer si el Universo había existido siempre o fue creado en un momento, era una cuestión insoluble. Hoy, se sabe que todo nació con el Big Bang. Con la existencia de Dios sucederá lo mismo”.

Para Tipler el alma es la esencia del ser humano, un programa particular diseñado para ser puesto en funcionamiento por el cerebro del hombre, y algún día, la capacidad informática humana será tan importante que se podrá dotar de alma, es decir, de ese mismo programa, a los robots.

Este científico pertenece a un grupo de visionarios bautizado con el nombre inglés “extropians”, que defienden la vida como un sistema extraterrestre, es decir, en continuo crecimiento, y creen que la inteligencia humana jamás dejará de expandirse. Para ellos, la ciencia y la tecnología serán capaces de responder a todas las preguntas trascendentes del ser humano, lo que significa que en el conocimiento está la verdadera esencia del alma.

La investigación, la filosofía y la ciencia-ficción se funden en estas ideas difíciles de asumir por una persona común de nuestro tiempo, pero que proliferan cada vez más.

Según afirman algunos científicos, los biólogos tienen mucho que opinar al respecto, porque tal vez el alma no sea más que un producto de la evolución humana.

Si este mundo estuviera habitado por robots que actuaran como seres humanos, pero sin sensaciones, sin capacidad de sentir placer o dolor, no habría razón para que unos se preocuparan por los otros; nadie cuidaría de sus hijos ni de sus enfermos; en fin, no habría dimensiones morales.

La sobrevivencia de los más fuertes es precisamente, la de los que han desarrollado conciencia de sí mismos, sentimientos y pasiones. Es decir, de aquellos que poseen ese algo intangible que muchos han bautizado con el nombre de alma.

Lo importante es que la ciencia se ha impulsado, con el fin de confortar al ser humano en aquellas cuestiones en las que antes sólo la religión o el ocultismo parecían útiles. La frontera entre ambos sistemas de conocimiento, el científico y el teológico, empieza a borrarse.

Muchos investigadores escépticos se encuentran cómodos con el divorcio entre creencias y evidencias, pero para otros, ignorar la religión es una postura difícil de

sostener, por eso cada vez son más los científicos que alcanzan la orilla donde ciencia y religión colisionan y proponen superar el vacío que hay entre ellas, para crear modelos de respeto mutuo.

Sólo así, piensan, se podrán ampliar los límites de la ciencia y se combatirá con mayor rigor el fundamentalismo, el esoterismo, el culto por lo paranormal, el creacionismo y la pseudociencia; porque la diferencia entre el pensamiento racional y el irracional estriba en que el primero conoce sus propios límites.